

Epístola moral

Creemos que es indestructible, y no hay nada más frágil. Cuando estamos en poder del amor creemos merecer la felicidad, y es entonces cuando, en verdad, hay que aprender a merecerla, para que el amor dure siquiera algo más que un suspiro. Y es increíble el esfuerzo que nos es necesario para merecer el amor. En cuanto a conservarlo (pero no para siempre: no es posible), quizá no sirva ni el esfuerzo: ahí ya sólo intervienen lo que antes se llamaban los dioses, pues los amantes somos torpes, finitos, desvalidos y humanos y no logramos nunca situarnos duraderamente al nivel del amor: él es sobrehumano y rotundo, puro prodigio, pura desmesura armoniosa: y el amante, cualquier amante, el mejor, el que no ignora que de pronto se halla habitado por el milagro, incluso ése, es inarmónico y pequeño ante la inconcebible estereofonía que suena cósmicamente en el amor. A su lado, los amantes somos cosa imperfecta y tan menuda, que apenas si nos queda ante el amor una sola grandeza: la de saber, con dignidad, perderlo; la grandeza de estar dispuestos a renunciar a él, para que por lo menos no caiga podredumbre en la memoria, antes que su fragilidad —y la nuestra— nos desaloje nuestra estima, esa estima casi de dioses que alcanza a conocer el que ama, esa autoestima que transporta luz.

Sí: cuando alcanza esa estima, suave y descomunal, el que ama ya no puede consentir que el amor deje de ser inconcebible, el universo de la perfección (nada hay tan imperfecto, tan horroroso, como un amor amedrentado e imperfecto): prefiere tomar por otra calle, alejarse, sufrir para siquiera merecer una herida y llevarse la cicatriz todo el tiempo que le dure la vida, y guardarla entre sus asuntos mejores, como guarda un torero sus cicatrices. El amor es como el toreo: para merecer hacer el paseíllo entre el sol de otra tarde, el torero sabe que ahora, esta tarde, tiene que comportarse solarmente, tiene que actuar con arte y con sabiduría, pero ante todo con coraje. Si hoy el amante no tiene coraje (por ejemplo, el coraje de renunciar al amor antes de que el amor renuncie a él), sabe muy bien que no merecerá un nuevo contrato, que muy difícilmente merecerá jamás lidiar de nuevo, amar de nuevo. Es así. La ciudad, cualquier ciudad, cualquier lugar del mundo, está llena de seres que alguna vez tuvieron la oportunidad de ser cabeza de cartel, pero por falta de coraje y de sabiduría, atolondrados, renunciaron a mantenerse en el lugar más alto de su estima y de su valentía, y ahora rebotan contra las esquinas de nada, como penas de goma, engrosando el ejército de los infelices, ¡y sin ser siquiera infelices! El mundo está lleno de ellos. Tú mira la ciudad, mírala bien: verás, brillando, unos escasos seres luminosos: son los enamorados; que habita en ellos el amor se adivina en que su imagen es instantáneamente eterna. Verás también algunos seres sombríos, que llevan otra clase de sol sobre su cara:

el sol de la renuncia, ese sol que nos deja en la cara el respeto por el amor, la obediencia a sus leyes terribles, la más terrible de las cuales es la de saber elegir entre renunciar al amor o condescender a pudrirlo: son infelices, pero les anima (¡y se les nota!) algo de heroicidad (¿no viste que los héroes nos parecen algo infelices?). Finalmente, verás, asomada hacia la ciudad (en Madrid, por ejemplo, pero ocurre lo mismo en cualquier lugar de la Tierra), una multitud de infelices que ya ni saben que lo son. Millones de hombres y mujeres que aceptan (e incluso se aconsejan entre sí) ser funcionarios de la vida. Suelen amar el triunfo, pero a distancia, porque el triunfo quema —y porque, además, al amar mal renunciaron al triunfo verdadero para siempre. Suelen, en fin, amar las cosas: automóviles, cargos de «responsabilidad», abundancia de papeles sancionados por los notarios. Son los subordinados. Quiero decir: se han subordinado a sí mismos: posiblemente alguna vez le vieron los pitores al toro. ¡Pudieron, por lo menos, hacer lo que hacía un torero famoso: cuando un toro le daba miedo huía despavorido! ¡Siquiera ese terror era valiente! Y era también una manera de fidelidad: mostrando a los tendidos su terror demostraban la amenaza opulenta del toro y lo sagrado de la Fiesta. Pero estos malos lidiadores, estos que llamo los subordinados, hicieron trampa: se quitaron de enmedio al toro mediante un bajonazo, lo que se llama degollarlo. Y ahora lo pagan: no saben ni siquiera que fueron víctimas del miedo, creen que alguna vez torearon como es obligatorio y se extrañan de no permanecer en el cartel. Dicho de otra manera: ante el amor hay que tener el coraje de intentar permanecer cuanto tiempo se pueda a la altura de su grandeza, o el horror de saber que es un prodigio que alguna vez, inexorablemente, nos exige el coraje de renunciar a él. ¿Pero pegarle un bajonazo, degollar al amor? Eso sí es el fracaso. Y hay una sola cosa que el amante no debe consentirse: fracasar. A veces, para no fracasar, son necesarios la soledad, la renuncia, la perplejidad, el dolor. Cualquier cosa, por terrible que sea, que no se parezca al olvido.

¿A qué le llamo olvido, Nocturna? El olvido no es esa miserable paz que le ocurre al amante cuando la herida se ha cerrado. ¡Ay, si el olvido no fuera sino eso, entonces sería tolerable e incluso, en cierto modo, digno! Mas todos los amantes sabemos que el olvido es indigno. ¿Qué es el olvido entonces? Verás: es esa cosa, como de engrudo, algo patética y un poquito sucia, que habita en el amor de los malos amantes. Llamo malos amantes, Nocturna, a aquellos que no saben que el amor es prodigio o que, sabiéndolo, se distraen, se descuidan, se olvidan de que son prodigiosos. Es entonces cuando llega el olvido. Al principio no se lo reconoce. Es porque los amantes se encuentran distraídos, ni siquiera ven el peligro; o es, a menudo, porque el olvido viene disfrazado. Se disfraza, por ejemplo, de conformidad (no tolerancia: conformidad). Con un disfraz o con otro disfraz, llega el olvido y se queda a vivir con los malos amantes (pues esta es otra ley, Nocturna: los amantes están expuestos al olvido, pero éste sólo les asalta cuando ellos, distraídos, condescendieron a amar mal). Llega el olvido y se queda a vivir con los amantes, primero unos instantes cada semana o cada día. Durante esos instantes los amantes discuten, se hacen reproches, se acusan de trivialidades: creen que están dirimiendo diversas y pequeñas cuestiones que los enojan: en realidad, ya han empezado a ser víctimas de lo que los separa: el olvido. Más adelante el olvido ya no llega de vez en cuando, sino muy a menudo: y los amantes se azotan con sus

palabras agresivas, o se azotan uno a otro con lágrimas, con amenazas, creyendo aún, qué ingenuos, que les sucede algo terrible, pero reparable, e incluso creyendo que están solos: ¡los seres humanos somos tan candorosos que creemos estar solos cuando lloramos! No: lo que ya les sucede es, sí, terrible, pero no reparable: el olvido se ha quedado a habitar con ellos definitivamente, con los malos amantes, con los amantes distraídos. Entonces ellos se distraen furiosamente, empiezan a pensar de qué manera hacer sufrir al otro, cómo vengarse, cómo recuperar el prodigio perdido. Pero ya no es posible: el olvido vive con ellos. Y nunca los abandonará. En esa situación, aún hay algunos de ellos que recuerdan remotamente que una vez fueron dioses, y se van: pierden (mejor dicho: asumen que ya habían perdido) el amor, pero se alejan del olvido, se lo despegan de la piel, se liberan: y alguna vez acertarán quizás a merecer amar de nuevo. Pero la mayoría prescinde, incluso, de esa final sabiduría: continúan discutiendo, reprochando, amenazando, lavándose las manos en el olvido: y un día se han quedado sin manos. Y ya son para siempre tres: el olvido, una mujer y un hombre. Mira de nuevo la ciudad, Nocturna: la inmensa mayoría de las parejas llevan su olvido puesto. Se les nota en que si uno de los dos muere, el otro de ningún modo se sentiría morir. Desde luego, se les nota también en gestos muchos menos grandiosos: en que riñen demasiado, en que ponen un poco de ceniza cansada en sus reproches, en que no saben confiar, en que piensan en otra cosa: ¡Ah, fueron tan distraídos al principio, que ya la distracción es su destino, casi su traje! Mira bien la ciudad: verás cuántas parejas son mutuamente infieles con el mismo tercero: el olvido. Qué discreta, sigilosa, pavorosa desolación. Hace ya muchos años, un poeta, reflexionando sobre esa desgracia (¿o quizá a esa cohabitación con el olvido hubiera que llamarle de forma más impetuosa: por ejemplo, traición?), abrumado ante el horror de esa ceniza, colérico ante tan horrendo consentimiento, dignificado por la indignación y el terror ante la estafa de la presencia de ese olvido, nos dejó un grito prodigioso: «¡Mejor la destrucción, el fuego!» Ya lo sabes: ¡es tan difícil —y tan fácil— entender un verso profundo! No sé cómo entenderán ese verso los otros. Yo entiendo que me dice, primero, que el amor es sagrado; segundo, que cuando nos toca la cabeza (o el corazón, o el sexo: en el amor todo está junto), nosotros somos lo sagrado, nosotros somos el prodigio; tercero, que aunque nuestra trivialidad nos invite a recostarnos en la distracción, el amante tiene la obligación de no distraerse nunca o, por lo menos, de hacer cuanto puedan sus fuerzas por mantenerse en atención (un poco como se dice de los santos, una especie de santidad afanosa), y cuarto, que si, por distracción, el olvido se instala a vivir con los amantes, aún les queda, para combatir ese olvido y para derrotarlo, «la destrucción, el fuego». Yo tengo que decirlo, Nocturna, de manera más apacible: aún queda una elección que es a la vez una victoria; muy triste, pero es una victoria: el amante se negará a esa estafa de cohabitar también con el olvido, se despegará del olvido (y a la vez, de su amante), se desgarrará, pues, y se irá con su herida, solo: por puro respeto al amor.

Por algo más: para poder amar de nuevo, con cicatrices, pero sin tibieza. Alguien gritó desesperado: «¡Soy un esclavo de la tibieza de mis pasiones!» Si la felicidad, el prodigio, el milagro, hay que pagarlos con la esclavitud, ¡sea el amante esclavo de la pasión, de la nostalgia o de la soledad! ¿Pero de la tibieza, esa harina gris, ese borroso

emisario de la derrota? ¿Para eso habríamos nacido, para eso? Jamás. Alguien dirá: qué fanático. Pero tú me conoces, Nocturna; no mucho —yo tampoco—, pero tú me conoces: ¿soy fanático yo? Por supuesto que no: es que ya tengo la memoria habitada y he aprendido a leer en el idioma de la cicatrices; y hasta en la historia del amor. Mira tu propio corazón, y responde: ¿tengo razón? Yo no he inventado nada de esto. Ni siquiera he inventado estas palabras con que te cuento lo que he visto, lo que recuerdo, lo que sufrí, perdí y recobré después con esa forma del respeto a que llamamos la memoria. No soy siquiera mi propio traductor. Sólo soy un cronista. Esto vi en mi viaje y esto relato para tí, todavía con amor. Vi, por supuesto, mucho más. Mañana continuaré contándote. Hoy estoy ya cansado. No, no estoy cansado, sino triste. Hasta mañana.



A veces (pero qué pocas veces, aunque ignoro si esto es bueno para el amor), a veces el amor se transforma —mientras deja de ser— en algo indestructible y aproximadamente definitivo. Cuando no ocurre así, entonces el amor está condenado a morir. En rigor, los desventurados miembros de esta especie que camina de pie y vive arrodillada por la capacidad de pensar en la muerte, debemos aceptar que el amor, siempre, de una forma o de otra, siempre, está condenado a morir. Que alguna vez logre transformarse en algo destinado a ser indestructible (temporalmente indestructible, provisoriamente indestructible: la vida dura poco) no puede asegurarnos la felicidad —tan sólo puede proporcionar serenidad—, del mismo modo que nunca puede consolarnos saber que la materia en que consiste nuestro cuerpo seguirá viva en forma de materia transformada: en trigo, por ejemplo, en flores, en rama de araucaria o de abeto. Llega un instante en que el amante sabe que el amor es siempre mortal. Pero sucede que es deber del amante esforzarse por conseguir que, mientras dure, el amor sea un asunto eterno. Por supuesto, es inútil. Lo más cercano a esa eternidad es tan sólo la duración, y el amor pocas veces dura, y cuando dura, cuando dura, por ejemplo, entre veinte y cincuenta años, hay que llamarlo ya de otra manera. No sé qué nombre le conviene entonces. El encuentro, quizás, el largo y laborioso encuentro.

¿Dónde habita ese encuentro? Verás: la inmensa mayoría de las duraderas parejas suelen ser la metáfora cotidiana de una persistente derrota. Bajo su tolerancia mutua (y esa palabra, tolerancia, resulta aquí indebida, por demasiado hermosa) habitan el fastidio, el rencor, y hasta el odio. Hay parejas de ancianos que tan sólo conservan joven la violencia con que se ignoran o se acusan, un silencio cada vez más sonoro, metálico y sombrío, o ciertos comentarios súbitos que quizá suenan en voz baja, pero que hieden a venganza. Son parejas desprovistas de inteligencia y pacientemente cobardes, que no lograron asumir su condición de meros pasajeros, la rara condición de mortales, y achacan la derrota esencial a la proximidad persistente del compañero o de la compañera. Se diría que están convencidos de que si hubieran seleccionado a otra pareja habrían alcanzado un bienestar y una inmortalidad de dioses. Claro es que están equivocados: sencillamente, no tuvieron coraje ni humildad —ni inteligencia— para asumirse presos en las rejas del tiempo, «emparedados en la eternidad», caminantes en un tránsi-

to «de lo oscuro a lo oscuro». Otras parejas, no. Otros ancianos, quizá por haber iniciado la aventura, la de vivir frente a la muerte, con más inteligencia, más arrojo y modestia, y desde luego por haber iniciado con amor, con prodigioso amor, su marcha hacia la vejez y la muerte, logran que aquel amor, remoto ya, con su pareja, logran que aquel milagro no deje un charco de ceniza o de nada a sus pies, al desaparecer: deja un olor, una ternura, una clarividencia, no sé, una sabiduría (llámale de algún modo hermoso) que es lo que adviene al rostro de algunas parejas de ancianos y que parece luz, y tal sea una manera de la luz. Los ves, ya mordidos por sus achaques físicos, llenos de arrugas, como mapas; disminuidos por el peso del tiempo en sus hombros y vestidos con ropas tal vez nuevas, pero que en ellos, los ancianos de amor, siempre nos parecen usadas; los ves así, propietarios de su ruina y como arrendados en ella, y, sin embargo, algo luce en sus rostros, algo semiinmortal huele a cierto en sus ademanes. Y si los sorprendes mirándose entre sí, no puedes evitar pensar: se aman.

Y no, ya no es amor; es solo la victoria. Perdieron el amor hace ya tantos años, pero ellos han vencido. La derrota de perder el amor estaba asegurada, pero ellos lograron evitar la derrota del odio —visible o encubierto— y la derrota de la soledad. Han vencido porque han alcanzado a reunirse. En cierto modo, ese lazo es más prieto que el lazo del amor, porque el amor en verdad no reúne: cauteriza a dos seres, pero no los deja reunirse. Los suelda, pero no los reúne. Los aprisiona e incluso los libera (les otorga felicidad), pero no los reúne. No es el amor: es el tiempo quien junta. Es el tiempo lo que junta a los seres (puede separarlos también). Pero el amor y el tiempo hablan idiomas diferentes. El amor es instantáneo, incluso instantáneamente eterno, pero no es duradero. El tiempo largo y el amor intenso hablan distinto idioma. El del amor es el idioma de los dioses. El del tiempo es el idioma de los hombres. Pues bien: tal vez esos ancianos que, en parejas, resultan luminosos, han llegado a brillar reunidos, simplemente por esto: iniciaron su amor en un idioma (el urgente, bellissimo y desasosegado idioma del amor), comprendieron que aquel idioma no les pertenecía, no lo habían inventado ellos, era milenariamente anterior y mayor que ellos mismos, y entonces iniciaron el aprendizaje y el dominio de un idioma distinto, remotamente paralelo; se fueron apropiando de ese idioma, más modesto, pero más suyo, más huérfano de plenitud y más prolífico de comprensión y de constancia: era el sencillo, también maravilloso, humilde idioma de los hombres que saben que tienen que morir. Y un día llegó en que tales ancianos se vieron como eran: entrando en la vejez o habitando ya en ella, y hablando un mismo idioma que les pertenecía, y fue ese día cuando supieron que llevaban muchos años reunidos. No tolerándose: reunidos. Quizá entonces ya la sexualidad hacía años que les había abandonado, o ya iniciaba el abandono. Pero como ese abandono siempre se inicia y siempre se consume, no se sintieron ultrajados. Sencillamente supieron que iban juntos a la vejez, o que ya habían envejecido, y entonces, entre un diálogo sereno en su sereno idioma humano, ya sólo les quedó una discrepancia: ninguno de los dos quería morir el último, ninguno de los dos quería asumir un castigo que sabía no merecer (que tal vez no merezca nadie): ver morir a aquel, a aquella, que aprendió el mismo idioma, y soportar el resto de la vida ya en una pavorosa mudez. Ya sabes (lo has visto alguna vez, o has oído hablar de ello) que a esas raras parejas les separa la muerte por un tiempo muy breve: a veces solamente unos

días. Muere uno de los dos reunidos, y el otro no se resigna a la separación, no la consiente, y se concentra, y muere. Y solemos pensar entonces: ¡Cuánto se amaban! Creo que es más acertado exclamar: ¡Qué reunidos estaban! Claro, ¡pues hacía tanto tiempo que el amor, el prodigio, se les murió, como sucede a todos los mortales! Lo que ocurrió con ellos es que, ante el cadáver de su amor, en lugar de obstinarse, contra todas las leyes (la ley más clara: todo está destinado a morir), en lugar de obstinarse en mantener el cadáver del amor a su lado y pudrirse con él, fueron juntos al cementerio del amor, enterraron el suyo (como se entierra al padre y a la madre que nos dieron la vida; pues una de las formas de nacer es amar) y regresaron de ese cementerio reconociéndose como hijos de aquello que habían enterrado, y se sintieron juntos, reunidos y como vagamente incestuosos: pues ya habían empezado a ser enigmáticamente hermanos. Es ese enigma, esa reunión, lo que brilla en sus rostros cuando se miran, cuando hablan el uno del otro, y cuando se defienden uno al otro fieramente frente a terceros. Hay que saber, Nocturna, que hay gentes (yo pienso que ignorantes, desapacibles) a quienes esa paz y ese hervor de parejas ancianas les parecen tan sólo una forma de la claudicación. Y sabemos que hay gentes, ilusas y poco reflexivas, y en el fondo muy temerosas, que confunden el verdadero amor con esa luz de esos ancianos. A los primeros hay que recordarles que la claudicación no dura tanto (o si hay claudicación en una laboriosa pareja, entonces ya no hay luz en sus rostros, y a ninguno de los dos le preocupa que el otro se muera el primero; son los más, pero no hablo de esos). A los segundos hay que recordarles que incluso estos ancianos hoy reunidos, desde su larga paz, recuerdan siempre, con una especie de envidia ya casi medio santa, aquellos tiempos en que sí fueron el amor: que se les fue muriendo, que se fue transformando; aquel amor que dejó de ser un idioma para ser otro idioma. ¿Qué quiere decir esto?

Lo que ya te he dicho, Nocturna: que el amor (ese instante prodigioso, rotundo, veloz y pasajero) viene como una incomparable aparición y trae en su naturaleza su propia desaparición. Que el amor muere siempre (o que se va: a habitar con otras parejas). Que está —y eso es lo único que tiene de humano, pues todo lo demás es lo sagrado puro— condenado a morir. Es preciso que esto, tan enojoso (habría que decir tan terrible, si no fuese tan natural), es preciso que esto lo sepamos y lo digamos. Más aún: lo proclamemos. Ante esta reflexión se enojan los amantes —los amantes no ambiciosos, sino desprevenidos—, y hasta se enoja el propio corazón de cada criatura de cualquier lugar de la Tierra. Pero si esto es así, si el amor muere, ¿por qué no habríamos de asumirlo? ¿Por qué no proclamarlo? En realidad, sabemos precisamente por qué hay que proclamarlo: porque es lo que le da sentido, porque es aquello que lo transforma de pasajero en inmortal, de visitante en bruscamente, maravillosamente eterno: «Flor de un día es lo más grande al pie de lo más pequeño». Es que con el amor nos sucede lo mismo que nos sucede con la vida: si fuésemos eternos (o con más precisión, inmortales, pues eternos podemos serlo varias veces si nos lo merecemos), si fuésemos inmortales, como ofuscadamente lo deseamos, pasados unos centenares de años la vida sería irrespirable, un infierno de insolentes repeticiones y una extenuación sin final (en realidad, ni siquiera podemos imaginarnos infinitos). Al estar condenados a morir, cada instante, cada minuto de la vida es absoluto y es sagrado. Pues bien, con el amor ocurre igual: porque está condenado a morir (porque estamos condenados a enviude-

cer de él) cada minuto del amor es sagrado y es absoluto. «El amor es eterno mientras dura», ha escrito otro poeta. Los lectores triviales ven una paradoja en ese verso: cuando lo que contiene es una casi feroz sabiduría, en la que se precipitan hacia nosotros y a la vez una premonición y un extraordinario consejo. El consejo: trabajar por que dure esa breve inmortalidad, esforzarse en gozar el amor, mas también en servirlo. Y la premonición: el amor muere. Siempre.

¿Y qué podemos (o tal vez, qué debemos) deducir de esa fatalidad que, sin embargo, otorga su sentido al amor, es decir, le otorga, con la fugacidad, opulencia? Yo sólo acierto a deducir dos cosas; primera: ya que el amor es prodigioso y, dure lo que dure, instantáneo, eternamente breve, hay que sentir por él un respeto sin tregua —entre otras causas, porque sin respeto al amor no es posible el respeto a uno mismo. Y segunda: como dije, Nocturna, en el principio de esta carta, cuando el amor, desde su inapelable señorío, resuelve alejarse de quienes lo usufructan (y ello suele ocurrir cuando uno de los dos amantes, o los dos, han olvidado alguna de las leyes prodigiosas, pero terribles, del amor; cuando cándidamente han llegado a creer que eran los dueños del amor y no sus servidores), al amante en verdad respetuoso para con el amor no le queda más destino que alejarse a sufrir. Reconocer que tuvo un milagro en sus manos, y que ya no lo tiene, y no correr tras él. Volverse fieramente humilde y renunciar a todo aquello que pueda hacer disminuir el prodigio —el amor— que aún queda en su memoria. Cuando el amor se aleja (generalmente defraudado de los amantes), las súplicas, las quejas, las mentiras, los desaires, las amenazas, no sólo ya no sirven para que acceda a regresar, sino que ahuyentan y pudren incluso la memoria de la felicidad. El amor es así, Nocturna, siempre nos abandona. Y tan sólo nos queda entonces una opción: pudrirlo en la memoria o tratar (con soledad, con humildad, es decir, con coraje) de que siquiera podamos recordarlo en todo el esplendor con que, un momento, nos hizo conocer lo que dicen que conocen los dioses: la santidad, la dicha y la inmortalidad. ¿Y cómo podría nuestra memoria merecer ese privilegio, sino a cambio de un sacrificio? Es éste: cuando el amor se aleja hay que dejarlo ir, sin reprocharle nada a nadie, a nadie en absoluto, ni a sí mismo tampoco. Lo sé: es un sacrificio espantoso: lo fácil es la súplica, el reproche, la mentira, la amenaza, el sarcasmo. El sacrificio es lo difícil. Pero es imprescindible: sin él, toda separación carece de grandeza, todo futuro carece de esperanza, y todo nuevo amor nacería lesionado, cauteloso y trivial, y la vida del separado, la vida entera, no sólo la vida amorosa, sino toda su vida, se le volvería desvariada, cenicienta, tartamuda, paralizada en el rencor, frenética y a la vez moribunda. Maldito amor, ¿verdad? Bendito amor, Nocturna; no hay escape: o la felicidad o el sufrimiento. El amor es así de monstruoso, y puede permitírsele, porque primero fue un prodigio.

Conservar, por lo menos, la memoria de ese prodigio, exige el sacrificio de renunciar a lo sencillo (la acusación, la mentira, el reproche, la dosificación del dolor y del miedo) y exige que elijamos el miedo y el dolor: de un solo trago. Casi como un fusilamiento. Y ello, porque no es posible resucitar sin haber visitado el horror de la muerte. Y ya sabemos bien que la separación de los amantes es un aviso portentoso de que la muerte habita en nuestro corazón, y que es nuestro destino. Mas la separación de los amantes puede también ser algo casi tan estremecedor y tan trágico como la dicha

del amor. No seamos nosotros, que conocimos el prodigio, que fuimos prodigiosos ayer, culpables hoy de transformar una separación en una farsa. Hay que acudir al final del prodigio como aquellos que se lanzaban a la hoguera cantando. Canta, Nocturna, como yo, con desgarradora alegría. De lo que hemos tenido (¿pero no fue el amor quien nos tuvo a nosotros, y quien nos eligió, quien nos hizo elegidos?) sólo podemos conservar la memoria. Y la memoria, hay que saberlo, es combustible, y tan sólo la encienden o la felicidad o el sufrimiento. En fin: la felicidad se ha acabado: ¡jamado sea el dolor, que da fe de que fuimos prodigiosos! Pero también —¿no lo sabíamos?— el dolor hay que merecerlo. Y sólo hay una forma: no escapar cuando llega. No hay que pedir socorro: sencillamente, hay que continuar aprendiendo a vivir.

Adiós, Nocturna.

Félix Grande